

CELEBRACIÓN Y CRÍTICA DE JOHN STUART MILL

Palabras del Excelentísimo Sr. D. Pedro Schwartz Girón

Señor presidente del Instituto de Crédito Oficial, estimadas autoridades, querida directora de la Fundación del ICO, compañeros académicos, amigas y amigos. Mis primeras palabras son de agradecimiento al Instituto por haberme encargado esta reedición de dos obras fundamentales del gran pensador liberal británico John Stuart Mill: la *Autobiografía* y los *Principios de economía política, con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social*. Tras cumplida investigación, decidí proponer que la traducción de la *Autobiografía* fuera la otrora realizada con especial acierto para Alianza Editorial por el profesor don Carlos Mellizo, de la Universidad de Wyoming e incluir la corta biografía de Mill con que Mellizo encabezó dicha *Autobiografía*, un comentario del lado humano de Mill difícilmente superable, especialmente por lo que se refiere a sus amores con Harriet Taylor. El texto de los *Principios* elegido para esta edición es el editado por Ashley en 1909 y publicado por el Fondo de Cultura Económica.

Pasados apenas cien años del nacimiento de John Stuart Mill (1806-1873), cumple a los economistas de nuestro siglo volver la vista hacia su figura, por la marca indeleble que dejó en la evolución de la teoría y la política económicas. En el campo analítico fue Mill un notable innovador, pese a que presentó muchos de sus avances teóricos como meras correcciones de pequeños errores de sus maestros, lo que redujo su influencia teórica e incluso limitó su audacia inventiva. En cuestiones de política económica y social, en cambio, pregonó a los cuatro vientos sus críticas del sistema social de sus mayores, y buscó reconducir la economía por caminos más cercanos a los del socialismo de su tiempo, con lo que, para bien o para mal, su influjo ha sido mucho mayor.

Mas antes de entrar en las aportaciones de Mill a la economía política, es indispensable considerar la totalidad de su carácter y su pensamiento.

EXTRAORDINARIA EDUCACIÓN

Nació Mill en Londres el 20 de mayo de 1806 y murió en Avignon el 7 de mayo de 1873. Era hijo del economista e historiador James Mill (1773-1836), quien le educó personalmente sin enviarle a ninguna escuela ni colegio ni universidad. Contó para ello Mill padre con el apoyo del gran filósofo utilitarista Jeremy Bentham (1748-1832), pues ambos tenían la intención de convertir al niño en el príncipe de la nueva escuela radical y democrática que buscaron fundar. James Mill partía de la idea de que la mente humana era una *tabula rasa*, cual las tablillas cubiertas de cera de los romanos: en ellas podían los educadores inscribir, por el método de premio y castigo, los conocimientos y procedimientos que deseasen, sin verse limitados por las capacidades innatas del pupilo. Sin embargo de lo que Mill dijo de sí mismo, es evidente que era un niño prodigio, que además conservó sus extraordinarios poderes intelectuales durante toda la vida, lo que muchas veces no ocurre. Mill ayudó a su padre a educar a sus dos hermanos y dos hermanas, que nunca dieron muestra de las cualidades intelectuales del mayor. La lectura de lo que aprendió en ocho breves años, sobre todo por lo que se refiere a métodos de trabajo y modos de exposición literaria, ha sobrecogido a todos los lectores de la memoria que publicamos: no recordaba el tiempo en que empezó a aprender griego —luego le dijeron que a los tres años; enseguida, a leer y escribir correctamente; el latín y la aritmética los comenzó a los ocho años; al mismo tiempo, amplias lecturas de historia, inglesa y universal. Terminó sus estudios formales a los trece años ¡con el aprendizaje de la lógica y de la economía política! De las lecciones de su padre durante los paseos de la mañana en materias económicas, que el niño resumía cuidadosamente, salió el libro firmado por James Mill, *Elementos de economía política* (1819).

Después pasó unos meses felices en Francia con la familia de Sir Samuel Bentham, el hermano de su mentor Jeremy. De vuelta a Inglaterra, se dedicó con más intensidad a leer al gran Benrham, lo que hizo de él un “utilitarista” puro, imbuido de la misión de reformar las instituciones de su tiempo en busca de “la mayor felicidad para el mayor número”, como rezaría el lema de la escuela.

Un capítulo de la *Autobiografía* que se ha hecho justamente famoso es el que relata su crisis mental, que tan profundas consecuencias tuvo para el desarrollo de sus convicciones posteriores.

Era el otoño de 1826. Me sentía en un estado de apagamiento nervioso. [...] En esta situación mental se me ocurrió preguntarme directamente a mí mismo: “supón que todo los objetivos de tu vida se hiciesen realidad; que

todos los cambios en las instituciones y las opiniones que tú anhelas ocurriesen en este mismo instante; ¿sería esto una gran alegría y felicidad para ti? Y una voz interior irreprimible contestó claramente: ¡No!” Con esto el corazón se me hundió en el pecho y las bases sobre las que estaba construida mi vida se derrumbaron

Quizá se debiera esa depresión a la educación tan seca y exigente que le había recibido de su padre, o a la falta de amor y ausencia de cultivo de los sentimientos características de su hogar, aunque no del de Samuel Bentham en la cálida Provenza. Debió de influir también la tremenda carga de trabajo durante los años de 1824, 25 y 26, en los que añadió al trabajo de su flamante puesto en la Casa de la India, una agobiadora carga de tareas literarias y políticas, en especial la edición en cinco volúmenes de *The Rationale of Judicial Evidence*, los manuscritos de Bentham sobre la prueba procesal. Sea como fuere, ahí empezó para Mill una revolución psicológica e ideológica que le llevaría a alejarse del benthamismo y acercarse al romanticismo típico de la primera mitad del XIX, a seguir con pasión e *in situ* la Revolución francesa de 1830, interesarse por los movimientos socialistas del Continente... y a enamorarse.

LA MUJER DE SU VIDA

La *Autobiografía*, así como la introducción del doctor Mellizo basada en el fascinante libro de Hayek, *John Stuart Mill and Harriet Taylor* (1951), presentan con radiante claridad lo que esa joven e inquieta mujer casada significó para Mill. El comportamiento del marido John Taylor y de los dos enamorados fue impecable, pero ello no evitó que fueran objeto de maledicencias y críticas, y crearon una mayor distancia aún entre Mill y su padre. Cuando, tras el fallecimiento del marido, por fin pudieron casarse, la felicidad de su unión sólo duró siete años. Harriet murió inesperada y tempranamente en 1858, justo cuando Mill iba a poder gozar con ella de un retiro generosamente remunerado por la Administración de la India.

Desde el punto de vista ideológico y político, la relación con Harriet Taylor contribuyó a reafirmarle en las opiniones radicales, románticas e individualistas que había ido formándose en él desde que saliera de su depresión mental. La contribución de Harriet a su filosofía social fue sin duda decisiva, aunque el reconocimiento de Mill de la influencia su ninfa egeria en su obra intelectual fuera quizá excesivo. Harriet le inclinó a considerar los experimentos socialistas de 1848 en Francia con ojos mucho más favorables que los demás radicales del círculo de Bentham, como ello pudo verse sobre todo en la tercera edición de sus *Principios*, la de 1852. Su ensayo sobre la *Libertad* lo había discutido y corregido en detalle con ella, cuando ella murió antes de darle la última mano. Naturalmente, la personalidad y convicciones de Harriet reforzaron el feminismo de Mill hasta hacer de

él un campeón de los derechos individuales y políticos de las mujeres, en una época y sociedad poco dispuestas para ello. Mill se había implicado de cuerpo y alma en la agitación a favor de la gran Reforma parlamentaria británica de 1832, con la que comenzó el proceso de extender paulatinamente el derecho de voto a las clases medias e incluso obreras de la población. Pero la relación de Mill con esa mujer de refinados sentimientos y cultura, y el ostracismo social al que la pareja se vio sometida, sin duda contribuyeron a que Mill subrayara en escritos como *Gobierno representativo* el peligro de opresión de las minorías en todo sistema democrático.

Incluso cabe decir sin miedo a equivocarse que el trato con Harriet, mujer de refinado elitismo, reforzó el alejamiento de Mill de la filosofía utilitarista aprendida de Bentham y de su padre. En todo caso, propuso dos cambios sustanciales del credo de la mayor felicidad para el mayor número: una, la que recogió en una contundente frase de su ensayo *Utilitarismo*, que resumo así: “mejor ser un Sócrates insatisfecho que un cerdo satisfecho”; y la otra, la reflejada en su *Autobiografía*, cuando dijo que la felicidad personal no puede perseguirse directamente, sino olvidándose de uno mismo, filosofía de la vida cuya formulación atribuyó a Carlyle. Es ésta una filosofía política y ética alejada del utilitarismo ortodoxo: sobre esa base, no cabe sumar las utilidades de los individuos para calcular el máximo de felicidad social, pues unas son mejores que otras; ni es aconsejable que los individuos busquen egoístamente su propia felicidad, porque de esa forma no la encontrarán. Un crítico hostil acusaría al utilitarista Mill de haberse contradicho; un crítico indulgente se felicitaría de que el romántico Mill hubiera reconocido que hay algo más allá que el puro hedonismo personal.

LA OBRA DE UN ASOMBROSO POLÍGRAFO

En sus primeros años, Mill escribió mucho en forma de artículos y ensayos, cuyo objeto era la reorganización democrática y racional de la sociedad: su actividad se centró en ayudar a la creación de un movimiento “filosófico radical”, con ambición de convertirse en un tercer partido a lado de los *Whigs* y los *Tories*.

Su primer gran éxito editorial fue, para sorpresa de todos, el *Sistema de lógica* (1843), porque, evitando toda apelación a verdades inmanentes o intuiciones metafísicas, partía de bases sólidamente empíricas, lo que armonizaba con el espíritu de la época. Ese éxito le permitió publicar sus *Ensayos sobre algunas cuestiones disputadas de economía política* (1844), en los que presentó algunas de sus más agudas innovaciones científicas en la materia luego recogidas en su gran manual de economía.

EL SANTO PATRÓN DEL RACIONALISMO

A partir de entonces, consiguió que sus libros alcanzaran muchas ediciones —en el caso de los *Principios*, siete en formato de biblioteca de dos volúmenes (1848, 1849, 1852, 1857, 1862, 1865, 1871), más una edición popular a dos columnas muchas veces reimpressa. El año de 1859, que siguió al fallecimiento de su esposa, fue muy fecundo en la publicación de trabajos que había preparado con ella: así, *De la libertad*; así, la colección de sus artículos que tituló *Disertaciones y discusiones*, y también los *Pensamientos sobre la reforma del Parlamento* —un comentario crítico del modo de sufragio traído por el primer ministro *Tory* Benjamín d'Israeli, que amplió en 1861 con sus *Consideraciones sobre el gobierno representativo*. En todos ellos recordó la necesidad de que todas las minorías y las grandes personalidades del país tuvieran cumplida representación parlamentaria, gracias a un sistema proporcional, con correcciones semejantes al hoy vigente en España.

En 1863 recogió en forma de libro los artículos sobre *Utilitarismo*. En ese mismo año de 1863 dio a conocer *El sometimiento de las mujeres*, obra cuyos principios había discutido en detalle con Harriet y que justificadamente se ha convertido en una de las defensas clásicas de la igualdad entre los sexos.

Hemos visto que Stuart Mill combinó la labor intelectual con la política durante toda su vida. Muestra notable de ello fue que, en 1866 resultara elegido diputado por el distrito de Westminster de Londres. El curioso carácter de su participación en los trabajos de la Cámara de los Comunes durante sus dos años de permanencia queda bien descritos en la *Autobiografía*. Se interesó por diversas causas perdidas, como la reforma de la propiedad de la tierra en Irlanda a favor de los arrendatarios de aquella desgraciada isla; o la denuncia ante los tribunales de un gobernador de Jamaica por la dureza de la represión de una revuelta negra; —en algunos casos con cierto éxito, como fue su moción para pedir el derecho de sufragio femenino, para la que cosechó nada menos que 73 votos.

A su muerte quedaron algunos escritos que la hija de Harriet Taylor dio a la prensa en seguida. Se trata no sólo de la *Autobiografía*, sino también de *Tres ensayos sobre religión* (1874), en los que defendía la idea de un Dios omnisciente pero no omnipotente para poder explicar el mal reinante en el mundo; y los póstumos *Capítulos sobre socialismo* (1879), en los que Mill se mostró más escéptico que en la tercera edición de los *Principios*.

Mill fue un izquierdista radical, aunque distante de lo que hoy se consideraría como tal. Convencido de los beneficios y necesidad de una educación al alcance de todos, sin embargo temía que el Estado se ocupara de suministrarla, por el peligro que ello supondría para la libertad. Esperaba que los principios de estricta moralidad y refinamiento que habían caracterizado su vida y la de su círculo fue-

ran seguidos por toda la población, hasta el punto de mostrarse en exceso paternalista. Defensor del sufragio popular, que quería se extendiese a las mujeres, sin embargo propuso medidas para evitar la opresión de las minorías por las mayorías. Simpatizante de sindicatos y cooperativas obreras, defendió la necesidad de que se desarrollasen en un mercado competitivo, para evitar la búsqueda de rentas de monopolio típica de estas organizaciones.

Son dos las razones por las que la gran obra de Mill sobre economía política tiene interés actual. La primera es de tipo analítico: contiene adelantos teóricos notables, a veces pasados por alto por el propio autor e incluso por economistas posteriores, olvidos que dieron lugar a errores evitables. La segunda fuente de interés se encuentra en la dimensión socio-política del tratado, pues en él formula Mill la primera versión coherente de la doctrina que hoy se conoce como “social-democracia” en Europa y “*American liberalism*” en EEUU.

Desde el punto de vista teórico o analítico, llama la atención la fidelidad fundamental de Mill al modelo de David Ricardo (1772-1823). Pretendió mantener (y mejorar en la medida de lo estrictamente necesario) ese modelo, al tiempo que transformaba su carácter en la práctica. Eso tuvo dos consecuencias. Por un lado, contuvo el progreso de la ciencia, al disimular la importancia de lo que eran fallos fundamentales de la primera escuela clásica. Por otro lado, dificultó que se reconociera debidamente su propia originalidad.

Pueden señalarse las siguientes contribuciones de Mill al análisis económico, que hacen de él uno de los economistas teóricos más inventivos del siglo XIX¹:

- Una exposición de la teoría del capital humano (*Principios*, I, ii, p. 7) mucho más completa que la de Adam Smith en el capítulo sobre las diferencias de salarios (1776, I, x, b).
- El análisis de las proposiciones fundamentales de la teoría del capital, en especial la idea de que “la demanda de bienes no es demanda de mano de obra” (*Principios*, I, v, p. 9), castigando el error que cometen quienes sostienen que el consumo es un factor del crecimiento económico.
- La economía de la empresa expuesta coherentemente con el papel del empresario (*Principios*, I, ix).

¹ Algunas de estas notas las he recogido de Stigler (1955), pp. 296-299, quien comentó que la lista de contribuciones era muy respetable. “Pero también es una lista peculiar: Cualquiera de esas contribuciones podría haberse hecho independientemente de todas las demás. Mill no intentaba construir un nuevo sistema, sino sólo realizar mejoras aquí y allá en el sistema ricardiano.”

- Grupos no competitivos en el mercado de trabajo, que explican ciertas limitaciones de la competencia entre trabajadores en el libre mercado (*Principios*, II, xiv, p. 2).
- Determinación del precio de productos conjuntos, o de un producto y sus subproductos fabricados en proporciones técnicamente fijas (*Principios*, III, xvi, 1), en lo que Mill se adelantó claramente a la exposición de Marshall (1890, V, vi, p. 4).
- La correcta reformulación de la teoría de la renta cuando las tierras son susceptibles de usos diversos, o teoría del coste de oportunidad (*Principios*, III, v, p. 3).
- Exposición acertada de la ley de la demanda y la oferta², aunque no de la función de la demanda misma (*Principios*, III, ii, p. 4).
- Notable discusión de la teoría del dinero, la banca y el crédito (*Principios*, III, vii a xiii).
- Correcta exposición de la Ley de Say (en sus *Ensayos* de 1844 y en III, xiv, p. 3 de *Principios*, “De la sobre-producción”).
- Introducción del concepto de elasticidad de la demanda en la determinación de las relaciones reales de intercambio, o *terms of trade*, del comercio internacional (en sus *Ensayos* de 1844 y en *Principios* III, xviii, p. 2). Quizá fruto de su precipitación fuera el que no viera la posibilidad de aplicar esta teoría de la demanda a los valores domésticos.

El subtítulo de este tratado (“*con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social*”) no era en balde. En efecto, Mill quería modificar el enfoque de la ciencia económica para poder tratar todas aquellas cuestiones de filosofía social que importaban a los trabajadores y a las personas de clase más alta preocupadas por la pobreza o la explotación. El impulso era generoso. Mill consiguió publicar varias ediciones: la tercera edición, la del 52, es la que sufrió más modificaciones, sobre todo en la parte referente a filosofía social.

El Libro II sobre distribución refleja esta nueva ilusión en su análisis y propuestas. En primer lugar, Mill propuso una reforma de la propiedad privada

² Señala Stigler que la exposición de Mill era menos precisa que la de Cournot en 1838, (Stigler, 1955, 1965, p. 9).

que la hiciese más fiel a su justificación por el trabajo. En especial se extendió sobre la tenencia de la tierra y la herencia al modo inglés, que encontraba injusto. Especial interés tuvo su estudio de las propuestas de diversos grupos socialistas. Ningún economista ortodoxo las había discutido en serio hasta entonces. Sopesó los argumentos de Owenitas, Sansimonianos y Fourieritas y, si a fin de cuentas los rechazó por inviables, lo hizo mostrando comprensión de sus críticas y coincidencia en sus fines. El que, desaparecida Harriet, mostrara Mill en los *Capítulos póstumos sobre socialismo* (1879) más escepticismo que en la edición de 1852 no quita para que abriera un nuevo capítulo en la filosofía social. Incluso cuando Harriet vivía consideró que las propuestas socialistas eran prematuras, pues la naturaleza humana habría de transformarse por la educación y el ejemplo, antes de que fuera posible dejar atrás el incentivo del egoísmo estrecho en el funcionamiento de las sociedades. Hubo una forma de socialismo que rechazó sin lugar a dudas, la revolucionaria:

Los que quieren jugar a este juego [de la revolución] sobre la base de su opinión privada, no confirmada por la verificación experimental —que privarían por la fuerza a todos los que ahora tienen una existencia material confortable de sus medios presentes de preservarla y arrostrarían el espantoso derramamiento de sangre y sufrimiento que se seguirían si el intento fuese resistido—, deben poseer, por un lado, una serena confianza en su sabiduría, y por otro, una indiferencia ante los sufrimientos de los demás, con las que Robespierre y Saint Just, hasta el momento los ejemplos típicos de esos atributos unidos, a duras penas podrían rivalizar. (“Cap. Póst.”)

Otras importantes modificaciones de la filosofía social ortodoxa aparecen en ese mismo Libro II, en especial su actitud ante los sindicatos. Para no extenderme en demasía, me contentaré con decir que Mill era un cooperativista, pero con una nota diferencial muy importante: sostenía que todos esos experimentos habían de desenvolverse en un marco de competencia, para que las formas de organización resultante probaran su eficiencia en el marco de una economía libre. “El estar protegido contra la competencia [dijo] es estar protegido en la pereza y la inercia mental” (IV, vii, 7).

Los años de 1820 a 1848 fueron especialmente duros para los trabajadores británicos atrapados por el mecanismo productivo del capitalismo. Podemos comprender que un alma sensible como la de Mill se doliera de la situación de las clases trabajadoras y buscara en la ciencia económica medios de aliviarla. Sin embargo, es irónico que, precisamente cuando esa situación empezó a mejorar rápidamente, como ocurrió en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XIX, fuera cuando Mill y muchas personas pertenecientes a las clases acomodadas del país empezaran a preocuparse por la ‘cuestión social’ y a poner trabas al sistema que estaba sacando a grandes números de seres humanos de la pobreza.

Siempre habrá quien se duela de la ‘injusticia’ del capitalismo, a pesar de la capacidad del sistema de mercado de hacer progresar la Humanidad como ningún otro antes. Para estas personas de buen corazón, Mill no dejará nunca de ser una inspiración.

LIBERALISMO ROMÁNTICO Y LIBERALISMO CLÁSICO

Mill fue el gran profeta de la libertad individual en el siglo XIX pero también quien puso esa semilla de transformación en el liberalismo, que, para algunos, lo ha convertido en una ética pública de derechos sin obligaciones y una moral personal de tolerancia sin límites. El texto que conviene estudiar críticamente para redondear el retrato intelectual de Mill es *De la libertad* (1859).

Los principios de los que parte este último ensayo son dos: el primero, que la libre discusión de todas las doctrinas resulta esencial para descubrir el error o reafirmarse en la verdad; el segundo, que los adultos deben poder actuar según sus deseos y convicciones en todo lo que concierne a ellos solos. Dichos así, ambos principios parecen equilibrados, como los dos platillos de una balanza bien centrada pero una atenta mirada quizá lleve a otra conclusión.

Por lo que se refiere a la libertad de pensamiento y expresión, la doctrina de Mill era fiel a la filosofía liberal clásica. Defendió esa libertad en el capítulo II con tres razones: 1) una opinión silenciada a la fuerza puede ser verdadera, seamos conscientes de ello o no; 2) aunque una opinión acallada sea errónea, puede contener y normalmente contiene una porción de verdad; 3) incluso si la opinión recibida contiene toda la verdad, a menos que se la someta a dura crítica pronto se convertirá en un mero prejuicio, sin que los que la adoptan de las razones que la apoyan. Esas tres razones me parecen incontestables.

En cambio, cuando Mill reclamó la plena autonomía personal en el capítulo III sobre la “Individualidad” y el IV sobre “Los límites de la autoridad de la sociedad sobre el individuo”, cabe decir que fue más lejos, a consecuencia de su rebelión juvenil contra el utilitarismo y la influencia de Harriet Taylor.

En el frontispicio de su ensayo sobre la libertad colocó Mill una frase del romántico libro de Wilhelm von Humboldt, *Los límites de la acción del Estado*, cuya traducción al inglés había sido publicada cinco años antes.

El gran principio conductor hacia el que converge directamente cada argumento desarrollado en estas páginas, es la absoluta y esencial importancia del desarrollo humano en toda su diversidad.

Así dicho, tal principio podría ser generalmente aceptable para todos los liberales. Sin embargo, Humboldt, para satisfacción de Mill, fue mucho más allá en su interpretación del pleno desarrollo individual.

La razón no puede desear para el hombre ninguna otra condición que aquella en la que cada individuo no sólo goza de la más absoluta libertad de desarrollarse por sus propias energías, en su perfecta individualidad, sino también aquella en la que la naturaleza externa no quede moldeada por ninguna agencia humana, pero sólo reciba la impronta que le dé cada individuo, por sí mismo y por su libre albedrío, a medida de sus deseos e instintos, restringido solamente por los límites de sus poderes y derechos.

Este pasaje se inscribe en el universo romántico de Rousseau, en sus dos elementos, la absoluta autonomía de la voluntad y la ilimitada espontaneidad naturalista. Rousseau creía que había de considerarse buena en sí misma toda elección espontánea y libre de los seres humanos antes de que los hubiera corrompido la civilización.

Incluso cuando Humboldt y Mill avisaban que el fin del hombre no es el “seguir deseos vagos y pasajeros” sino “el máximo y armonioso desarrollo de sus capacidades hasta alcanzar un todo completo y coherente”, no hacían referencia a un fin fuera de la persona, a una obra valiosa en sí misma: todo valía por referencia al ego del político, el artista o el pensador. Aquí está en potencia la inclinación actual por la sinceridad, la espontaneidad, la auto-realización, que, al no ponerse al servicio de un fin distinto o superior a la propia persona, acaba en el vicio o en el vacío.

Se quejaba Mill de que “la espontaneidad individual apenas se reconoce [...] como algo que tenga un valor intrínseco”. La costumbre no significaba tanto para Mill la formación desde la infancia en hábitos personales que pudieran conducirnos a la virtud, sino que la presentaba como una práctica social inmutable y ciega que cierra el paso a la espontaneidad. “El despotismo de la costumbre es en todos sitios un obstáculo permanente del progreso humano.” (p. 272) El individuo que deja que la sociedad elija el camino que ha de seguir no daba muestras sino de una simiesca capacidad de imitación no tenía mucho valor como ser humano.

Es interesante notar que Mill creía que el Estado había dejado de ser en su tiempo el principal enemigo de la libertad personal. Más lo era “la coerción moral de la opinión pública”, la tiranía social de la mayoría (p. 223). “Precisamente porque la tiranía de la opinión es tal que hace de la excentricidad un reproche, es deseable, para romper con esa tiranía, que la gente sea excéntrica.”(p. 269) Mill partía de la idea cierta de que toda coacción, incluso legítima, es en principio un mal, pues supone una invasión de la esfera íntima de la persona. Pero por otro lado amplió

este concepto de esfera íntima protegida clamando por un ambiente sin restricciones sociales que permitiese el florecimiento de personas de carácter crítico, original, imaginativo, independiente, no-conformista hasta la excentricidad. Sin duda era éste el tipo de carácter que Mill aprobaba, pero no estaba justificado que quisiera hacer de él una pauta universal.

Ha dicho Thomas Sowell (*On Classical Economics*, Yale, 2006) que la postura de Mill sobre la individualidad adolecía de dos asimetrías formales y de una carencia material que la desequilibraban. La primera es que Mill no trata los modos de vida al igual que las ideas: las ideas habían de someterse a la crítica y contraste más duros para discernir la verdad del error y para vivificar las verdades recibidas; pero los distintos modos de vida habían de estar libres de cualquier rechazo severo.

La segunda asimetría tiene su origen en un cierto paternalismo intelectual que le venía de lejos pero se le reforzó por influencia francesa. Para Mill, mientras las personas corrientes no debían imponer sus modos de vida a las elites innovadoras, éstas sí desempeñaban el papel de guías o modelos en formas de vivir más libres y más extravagantes.

Las personas geniales [...] si rompen sus cadenas, se convierten en un modelo para las sociedades que no han conseguido reducirlas a la vulgaridad. [...] La originalidad es precisamente lo que las mentes faltas de originalidad no entienden para qué sirve. (p. 268)

El individualismo de Mill a veces parecía no entender que los modelos morales exhibidos por los extravagantes no han de apreciarse por ser excéntricos sino porque derivan de una vida de esforzada creación de valor: la bohemia de pintores o poetas incipientes puede ser coherente con la obsesión por su obra y la limitación aceptada de sus medios económicos, pero el imitarla sin ser artista es una afectación o una irresponsabilidad. Frente a la manera inconforme de ser y comportarse, que Mill consideraba un ejemplo acreedor de respeto absoluto, es posible concebir otros modos de ser al menos tan válidos como el de su liberalismo proteico. El investigador constante y respetuoso de la ética científica; el empresario creador de negocios y cuidadoso administrador; la madre de familia responsable, ahorradora, educadora de sus hijos; el militar disciplinado, valiente y conocedor de su oficio; la misionera caritativa y sacrificada: he aquí diferentes modos de ser y planes de vida al menos tan respetables como los de los artistas románticos y bohemios. Está bien ser inconforme cuando uno carga con las consecuencias de la vida que ha elegido en aras de algún ideal, pero no cuando el Estado de Bienestar le da a uno rentas que le permiten ser irresponsable.

Hoy día, las masas, imitando a los malos artistas, han aprendido a pedir que se les dé gratis todo lo que no saben ganarse con su esfuerzo y a rechazar cual-

quier responsabilidad por los malos efectos de sus actos. El eslogan de la sociedad social-liberal podría ser: ‘toda necesidad es un derecho’ o incluso ‘todo deseo es un derecho’. En una sociedad libre con una economía de mercado sin interferencias, los fuegos fatuos del liberalismo romántico carecerían de subvenciones públicas y serían disciplinados por la competencia, con lo que sólo arderían las verdaderas llamas del ingenio.

REFERENCIAS

HAYEK, F.A. (1951), *John Stuart Mill and Harriet Taylor. Their Correspondence and Subsequent Marriage.*

HUMBOLDT, WILHELM VON (1852), *Ideen zu einem Versuch, die Grenzen der Wirksamkeit des Staats zu bestimmen.* J.W. BURROW, ed., *The Limits of State Action*, Liberty Fund, Indianápolis 1993.

SOWELL, THOMAS (2006), *On Classical Economics*, Yale University Press.

Las obras de Mill citadas en esta presentación han sido editadas todas en *The Collected Works of John Stuart Mill*, University of Toronto Press y Routledge & Kegan Paul.

BENTHAM, JEREMY y MILL, J.S. como editor (1827), *The Rationale of Judicial Evidence, Specially Applied to English Practice.*

MILL, J.S. (1843), *A System of Logic, Ratiocinative and Inductive. Being a Connected View of the Principles of Evidence and the Methods of Scientific Investigation.*

— (1844), *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy.*

— (1848), *Principles of Political Economy, with Some of Their Applications to Social Philosophy.* [De las siete ediciones en vida de Mill, las dos más importantes son la primera y la tercera de 1852].

— (1859, 1867, 1875 póstuma), *Dissertations and Discussions.*

— (1859), *On Liberty.*

— (1861), *Considerations on Representative Government.*

— (1863), *Utilitarianism.*

— (1869), *The Subjection of Women.*

— (1865), *Auguste Comte and Positivism.*

— (1865), *An Examination of Sir William Hamilton's Philosophy.*

— (1873 póstuma), *Autobiography.*

— (1874 póstuma), *Three Essays on Religion.*

— (1879 póstuma), *Chapters on Socialism.*

PRESENTACIÓN DE LA OBRA “ENERGÍA Y REGULACIÓN”

Presentación del libro el 7 de abril de 2008.

